

## A las barricadas

Carlos LARRÍNAGA  
Historiador

Una ola de protestas sociales y políticas viene sacudiendo a un buen número de países desde hace un cierto tiempo. Protestas que las vemos en distintas latitudes del planeta, en diferentes regímenes y en situaciones económicas diferenciadas. Por ejemplo, en Hong Kong, la prioridad son las reivindicaciones políticas en favor de la democracia, distinguiéndose del resto de China, bajo la férula del todopoderoso Partido Comunista. En Francia los chalecos amarillos llevan meses en pie de guerra luchando por el mantenimiento del poder adquisitivo de las clases medias y de los trabajadores y frente a un Macron identificado con la gran oligarquía parisina. En Argentina las medidas de Macri han sido un completo desastre y su programa electoral reivindicando la pobreza cero ha hecho aguas por todos lados, habiéndole costado la presidencia en favor del peronista Alberto Fernández. En la vecina Chile, las manifestaciones se suceden desde que las autoridades anunciaran una subida del precio del metro. La retirada de la medida no ha sido suficiente y Piñera se ha visto obligado a remodelar el ejecutivo. La crisis llevó no sólo a sacar el Ejército a las calles, sino a declarar el estado de emergencia, lo que en una república latinoamericana como ésta es toda una torpeza política. En el fondo, han aflorado con toda su crudeza las tremendas desigualdades sociales allí existentes. En Egipto las demandas se dirigen contra al-Sisi, la corrupción rampante y las dificultades económicas reinantes. Demandas parecidas las podemos ver en Irak, cuyos ciudadanos muestran asimismo su hartazgo en las calles desde comienzos de octubre. O incluso en el Líbano, donde la implantación de una tasa para los servicios por Internet ha sido el detonante de un descontento generalizado que ha obligado al gabinete de Saad Hariri a dimitir. Todas estas peticiones tienen en común el no responder a una opción política concreta. Es decir, no se detecta que exista un gran partido detrás azuzándolas, sino que se identifican principalmente con situaciones sociales o políticas (caso de Hong Kong) de cansancio de la ciudadanía. De ahí que se produzcan en regímenes tanto democráticos como no. Dejo de lado la situación de Venezuela, porque allí nos encontramos con un fenómeno distinto: el enfrentamiento entre dos tipos de legitimidades. Por su parte, en Bolivia estaríamos hablando de un pucherazo que ha obligado a convocar nuevos comicios.

De todos los casos citados, me voy a centrar en el de Irak, ya que presenta algunas características llamativas. Por un lado, sobresale la extrema violencia empleada por la fuerza pública, al contabilizarse unos 300 muertos y por encima de 3.000 heridos, cifras inasumibles en una democracia. Por otro, que las algaradas no tienen un carácter sectario propiamente dicho. No van dirigidas contra el Estado Islámico, ni contra los militares estadounidenses (Ejército de ocupación durante años y causante de auténticas barbaridades en suelo iraquí), ni contra los kurdos (minoría del norte que goza de una amplia autonomía), ni contra los chiítas, grupo mayoritario en Irak (60% de sus casi 40 millones de habitantes). Apelarían a la corrupción, el paro y la falta de oportunidades y, por extensión, a la ausencia de políticas para su solución. Lo que realmente mueve a los reclamantes es la desesperación y la falta de oportunidades en un territorio que lleva padeciendo lo indecible desde hace décadas. Aquellos que vendían la buena nueva con el fin de régimen de Sadam Husein propiciaron al caos en que se ha visto sumido Irak desde entonces. Ciertamente, aún son muy visibles las huellas de la destrucción tras varios años de guerras. Por supuesto, no se trata de defender al sátrapa, pero tampoco de comprar discursos que se han revelado falsos y que no han hecho sino contribuir a

empeorar la situación en Irak y en la región. Sadam Husein nada tuvo que ver con los ataques a las Torres Gemelas. El entonces Secretario de Estado mintió, abriendo la veda para su defenestración y abogando por un sistema democrático que no ha sido tal. Opuestamente, Irak casi se convierte en un estado fallido, no sólo por el Dáesh, sino también por la lucha fratricida entre suníes y chiíes. De suerte que, si el ISIS contó con amplio apoyo de los sunitas, los diferentes gobiernos controlados por los chiítas han tenido el apoyo de Irán, habiendo sido incluso a veces acusados de sectarios. Si a ello sumamos la disidencia kurda, que controla los pozos de petróleo del norte, el cóctel de la división está servido.

Como sucede en otras naciones, no pocos se extrañan de las malas condiciones económicas por las que atraviesa la población del tercer exportador de crudo mundial. Con semejante riqueza, ¿cómo es posible que un quinto de los iraquíes viva con menos de dos dólares al día? La corrupción, la mala gestión y la apropiación indebida de recursos públicos de una clase dirigente que ha mirado más por sí misma que por el bienestar general pueden explicar esta paradoja. De ahí que ya se pida un cambio político.

11 de noviembre de 2019

Publicado en *El Diario Vasco*, 12 de noviembre de 2019, p. 25